

MANUEL AZAÑA: SU RAZÓN Y SU OBRA A TRAVÉS DE SÍ MISMO (I)

RAFAEL HERNANDO LUNA
ACADÉMICO NUMERARIO

ETAPA FRANCESA

INTRODUCCIÓN

Pensionado por la *Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, don Manuel Azaña residió en París desde febrero de 1911 a octubre del siguiente año, escribiendo en esta ciudad la primera parte de sus *Diarios*, fuente fundamental de documentación en que habrá de basarse la tan pretenciosa labor que aquí, con estas líneas, se comienza⁽¹⁾.

Azaña dedicó su tiempo, de manera mayoritaria, a la asistencia a clases, conferencias, conciertos, ... museos... y, especialmente, bibliotecas; todo ello amén de alguna diversión -las menos veces- incluso de carácter popular. Determinadas horas las empleó "en su propia casa" para el estudio, el despacho de la correspondencia, y la redacción de otros escritos. Entre todos estos afanes, intercaló numerosos paseos -actividad que habría de ser una constante a lo largo de su vida- por toda la ciudad, preferentemente por los espacios más monumentales.

Este *periodo francés* -de gran importancia para su formación intelectual y previo a su actividad política- queda aún lejos de las etapas de su vida en las que llegó a ser un hombre extraordinariamente considerado en su condición de ministro, jefe de gobierno y presidente de la República, a la vez que fue odiado como nadie -como ningún hombre público- había sido odiado hasta entonces, e incluso hasta ahora en España; inquina ésta que, adobada con multitud de calumnias, ha seguido viva en el tiempo después de la muerte del político (1940), y que incluso -en algún que otro caso-, se mantiene en la actualidad (2002)⁽²⁾.

No obstante lo anterior, respecto a don Manuel Azaña -quien había sido jurista de

¹ Con toda intención no se hace referencia alguna a las primeras etapas de su vida, incluida la de su juventud, dado que los datos biográficos correspondientes a éstas se encuentran bastante difundidos, siendo en consecuencia bien conocidos. No obstante, no habrán de faltar alusiones a esos periodos de su vida a lo largo de los distintos capítulos de la obra.

Por otra parte, pero en relación con lo anterior, debe precisarse que cuando Manuel Azaña marcha a París ya no era precisamente un joven, o -al menos por entonces- no se consideraba joven a una persona que había sobrepasado los 30 años de edad.

profesión, de vocación escritor y por destino político⁽³⁾- es obligado también decir que está comenzando a ser rehabilitado, hasta el extremo de reconocerse entre las élites de los mundos literario y político cómo el tan ilustre alcalaíno, el intelectual y hombre de Estado, había sido a su vez "... uno de los grandes prosistas del siglo XX, además de ser el mejor orador⁽⁴⁾".

Belleza y mujer

El mismo día en que don Manuel Azaña inicia sus *Diarios* en París (24 de noviembre de 1911), anota en ellos: "Hermosa mujer⁽⁵⁾".

En el *magasin* del Louvre le impresiona una muchacha alta y morena⁽⁶⁾.

Place de Pigalle: ¡Ha venido!. Se llama *Lucienne*. Es rubia. Ojos grandes, verdes. Divino cuerpo. "On me dit que j'ai l'air farouche". Cena en la *Taverne Alsacienne*. El *Teatro Moderne*. Revista: *Le boulevard tuot nu*. Yo sé lo que me ha gustado esta mujer. ¿Se divertirá conmigo⁽⁷⁾?

El *cabaret* de *Quat'z-Arts* le resultó muy divertido.

En el curso de vacaciones (1912) de la Alianza Francesa conoce a una rusa judía "muy guapa".

L'île d'amour, frondosidad, agua mansa corriente, muchachas que reman en el Marne.

"Todo este tiempo M., ... me ha tenido embobado. ¡Qué luz tienen sus ojos!. ¡Qué dulcemente habla y ríe! ... Desde hace quince días voy todas las tardes a su casa ... Me pasaría las horas enteras mirándola, oyéndola hablar, ... sintiendo su persona cerca de mí ... Es divina. Es la gracia y la pureza juntas".

Lo social y lo político

En el consulado español en París, don Manuel coincidió con un "pobre obrero" -se supone que español-. Éste pretendía que esa oficina diplomática intercediera para que, con motivo de encontrarse enfermo, pudiera ingresar en un hospital. El cónsul rechazó la petición alegando que no tenía nada que darle al tan necesitado trabajador⁽⁸⁾.

Otra vez, también en el consulado, se encontró con otra tragedia: un español necesitado que, según decía, llevaba varios días sin comer. Un funcionario lo remitió a "Las Monjas⁽⁹⁾".

Asiste a un *meeting* -antizarista- en la rue Danton. En la nota de sus *Diarios* alusiva al mismo se deja ver su carácter burgués, elitista, a través de la siguiente frase: "A los pueblos oprimidos hay que amarlos a distancia⁽¹⁰⁾". (Se refiere en este caso al pueblo

² Sobre esta temática -el encono y la malevolencia esgrimida contra la persona y la memoria de Azaña- se habrá de volver, tanto en este *capítulo francés* como en otros de los sucesivos.

³ Cita -retocada- de Rafael Mir Jordano en su discurso -"Derecho y Literatura"- de ingreso como académico numerario en la *Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba* (17/1/2002); tomado a su vez -así se hizo constar en la disertación- de José María Martínez Val: "Galería de grandes juristas", edit. Bosch. Barcelona, 1993, pág. 127.

⁴ Miguel García Posada. *Páginas de Cultura* de "El País", 2 de enero de 1997, pág. 24.

⁵ "Diarios completos" (DC), Manuel Azaña. Edit. Crítica, Barcelona, 2000, pág. 5.

⁶ DC, pág. 5.

⁷ DC, 18.

⁸ DC, 5.

⁹ DC, 12.

¹⁰ DC, 14.

ruso -naturalmente-, pero obsérvese que habla en plural). Pasados los años, don Manuel atemperaría no poco esos rasgos elatos.

Piensa en el misticismo de Robespierre.

Su gran interés por la política militar le hace asistir a la conferencia "La défense de l'armée nouvelle", en la que se expone la necesidad de transformar al ejército francés⁽¹¹⁾.

No cree que los franceses estén mejor dotados que los españoles; no obstante, quizá los españoles necesiten una reconstrucción moral.

La idea de conducirse como "un buen chico" simplemente para tener contentos a los demás no le seducía naturalmente; en todo caso los demás debieran aceptarlo a él -o no- con sus cualidades y sus defectos.

Pensamiento: "El español es un hombre escarmentado de todo menos de sí mismo".

Repite sus asistencias a otros diferentes mítines: en uno sobre la libertad de opinión, anunciado bajo la presidencia de Anatole France, no asistió este, aunque envió un escrito.

En sus largas horas "de biblioteca" se ocupa frecuentemente de la temática de España, como fue, por ejemplo, el caso de *La decadencia científica en que se halla España desde finales del siglo XVIII*.

En relación con un atraco a la *Société Générale*, de la que se dice que es católica, anota que sólo contrata empleados católicos. Paga menos que otras entidades similares. ¡No es justo -dice- en ninguno de sus aspectos!

No deja de llamarle la atención a un don Manuel horrorizado cómo -en relación con las últimas ejecuciones en Francia- en determinados periódicos se dice que "mayoritariamente los condenados se convierten en el último momento", haciendo constar que sus malas acciones fueron motivadas "por el alcohol" y "por su formación infantil en la escuela laica".

Mantiene algún contacto con Indalecio Prieto.

La ciudad

Le conmueve *La Madeleine* al anochecer, entre la niebla⁽¹²⁾. A esta iglesia llegó a calificarla de "gran sala de fiestas católicas"⁽¹³⁾.

En el *Panteón de Hombres Ilustres* -lugar para meditar-, estima que tanto Juan Jacobo Rousseau como Voltaire están en un segundo plano, quedando escondidos. Ambos, piensa sin duda Azaña, han tenido más que primera importancia para Francia y para la humanidad.

Notre Dame: lo gótico, el órgano y un coro infantil forman una bella conjunción: "si el culto católico desapareciera, los gobiernos deberían subvencionar una catedral".

Instituto de Francia: sala de sesiones de las Academias; la sala de la Academia Francesa, recinto sagrado.

La Sainte Chapelle, en *Le Palais*, es una joya. Azaña asiste a una audiencia en *Le Palais*, apreciando una mayor libertad de maneras que en los tribunales de España.

Pasea por parques, calles y jardines. *Cafés*: *Metropole*, *de Cluny*, ... y otros frecuentados por él en *les grands boulevards*; en el *boulevard de Montparnasse*,

Los Inválidos -la tumba de Napoleón-: no recoge ninguno de sus pensamientos, que hubo de tenerlos entonces, respecto al gran corso.

¹¹ DC, 23.

¹² DC, 6.

¹³ DC, 11.

Apenas hace comentarios respecto a la iglesia de *Saint-Germain*.

Anochece en París, hora magnífica, el cielo del poniente cubierto de nubes rojas; el Sena escarlata por el *punte de Los Inválidos*. Lo extasían los matices de color y los destellos de luz.

Belleza en la perspectiva del horizonte con el blanco *Sacré Coeur* interpuesto, sobre la colina. Itera cómo esta iglesia, en todos los casos, y desde todos los ángulos, le parece más estética contemplada desde la distancia.

Alguna vez, en días soleados del invierno, vaga a media tarde por las calles, buscando los rayos de sol. Paseos por los *Jardines del Luxemburgo, Bois de Boulogne, Parc Monceau*: gorriones, palomas...

Notre Dame una y otra vez, para oír música solemne. La iglesia de *Santa Clotilde* le resulta muy bella.

Callejea, hace de turista; barrios alejados: arroyos de agua sucia. Librerías "de viejo", puestos de libros. Pasea, pasea muy frecuentemente.

Entre sus "frivolidades" figuraron la *Taverne d'Olimpia*, la *del Elefante*, ... los bares de *La Grande Taverne*, el *Critérion*, el *Restaurant Royal* de la *rue Pigalle*, y algunos otros lugares más de toda índole; "cancionistas", flamenco, amén de algún cabaret como el *des Noctambules*.

El 14 de julio -en cada esquina un baile- la música se mantiene hasta las cuatro de la mañana: las zonas céntricas de París se llenan de "miserables" (titiriteros, prestidigitadores, músicos, cantantes, etc.), en fin, lo popular. Don Manuel, en su *Diario*, escribe al respecto, textualmente: "¿De dónde saldrá tanta gentuza?". El alma de Azaña, una vez más, no ocultaba su esencia elitista: "el populacho", sus fiestas, sus celebraciones y sus gestos le repelían. Luego, años más tarde, de alguna y de muchas maneras matizaría -ya se dijo- todo ello: siempre se mostró dispuesto a que las leyes protegieran de manera inequívoca a los más desfavorecidos, pero ... manteniéndose él -cuando le fue posible- a cierta distancia de éstos. Su elitismo intelectual nunca trató de ocultarlo.

Contempla el Sena, los pescadores y "una muchacha rubia" (sin duda debía ser todo un modelo de belleza parisina). El *Carroussel*; de él llega a decir que -quizá deba suponerse que después de "la muchacha rubia"- es lo más bello de París. Don Manuel, que sin ser un solitario mantenía la situación de "no comprometido", tenía cumplidos ya por entonces los 31 años.

Música, teatro, ópera, revista ...

Su propensión a la música le hace asistir a la ópera *La Valkyria* al día siguiente de su llegada a París.

Luego habría de gozar de toda una serie de acontecimientos musicales a lo largo del tiempo de su estancia en la capital francesa; *Soirée d'art*: Beethoven, Bach, Mendelssohn.

En *Le Châtelet*, concierto: *Colonne*. También allí, en otras fechas, bailes rusos: *Scheherezade*.

En la iglesia de *La Sorbona*, *El Mesías* de Händel; pese a que su fino "oído" de melómano capta algunos desafinos, considera notable la interpretación de la obra.

Conciertos de la *Schola, Schola Cantorum*.

En el *Odeón*, la música de Lully le resulta "deliciosa". En el mismo auditorio Bizet; también *Le Cid*.

Concierto *Touche*: Beethoven; lo más conmovedor para el alma de don Manuel, la *Octava Sinfonía*. En otra ocasión escucha allí *la Novena*; los coros cantaron mal, pero

al diletante Azaña no le importó demasiado en ese caso (1/4/1912).

Oye *La Pasión Según San Mateo*, de Bach, en la *Trinité*. En la *Ópera Cómica*, *Don Juan* -y también *Orfeo*-; música deliciosa en la primera e "interpretación no precisamente excelente". (Aunque condescendiente en ciertas circunstancias, don Manuel Azaña era un crítico musical no poco riguroso además de exigente).

Alguna vez se hace espectador en el teatro de *l'Athénée*, también en el *Fémina*, y en *Variétés* ve *Le Roi*.

En el *Trocadero*, tras ver representar los clásicos franceses, opina que "por mucho que se lea a Racine y a Corneille, si no se les oye, no se aprecia su valor".

Teatro *Sarah Bernhardt*: *Lucrecia Borgia* -y también *Esther*-. Esta gran actriz, dice, llena en todos los casos las salas, y más ésta que lleva su nombre. Don Manuel ya la había visto en Madrid, cuando protagonizaba *Hamlet*.

La Comedia Francesa es muy frecuentada por Azaña. Allí asiste a la representación de *Iphigénie*, de Racine, que le parece ser "una obra fría y sin emoción", aunque la primera actriz -Madame Barthe- le resulta incomparable. En el mismo teatro le interesó la obra *Les affaires sont les affaires*, y también *Comediantes* -y quizás *Britannicus*-, resultándole por el contrario insignificante *Tartufo* y algunas otras.

Revista "graciosa" en *La Gaîté Rochecouart*. En el *Teatro de la Scala* contempla la revista consabida. Alguna noche de relajación; el *Folis Bergère*: "muchas cosas bonitas".

Los museos de París

El *Louvre*: galería de pinturas. En ese marco le impacta el *San Juan Bautista* de Donatello. Salas egipcias: admira el *escriba accroupi* -le llama "su antiguo amigo"-. Sus visitas a los "primitivos" italianos fueron numerosas y detenidas: Fra Angélico y Ghirlandaio están a la cabeza de sus preferencias. Contempla otras muchas pinturas. En la Sala caldea, la *Dama de Elche*, y en este mismo gran museo -del que habría de resultar un asiduo- admira el cuadro de Palma el Viejo *Annonciation aux Bergère*, el cual le habría de dejar "absorto".

Don Manuel -se ha apuntado- es un admirador de la pintura italiana: los "primitivos" los "revisa" una y mil veces. Admira a los venecianos (bien conocidos por sus obras en España); Tintoretto, Mantegna -*San Sebastián*-. Los cuadros de Murillo los contempla en *El Louvre* quizá con no demasiada emoción. En otras ocasiones, Van Eyck y Memling.

También en *El Louvre* -otras veces- pintores ingleses. Goya, Durero (el "extraño" Durero), Jordaens y Rubens. Salas francesas. Piensa Azaña que "hay que seguir el rastro a esta escuela franco-española". Ingres. La colección Rothschild. Cosas de España.

Otras veces, en el mismo palacio-museo de *El Louvre*, en alguna de sus numerosas visitas (en ninguna dejaba pasar su devota visita a la sala de los "primitivos" italianos, como ya se ha dicho: Botticelli, Andrea del Sarto) pudo ver las *Ilustraciones del Quijote* -exposición-: Sancho -"genial", dice- es el perfecto labriego manchego. La pintura de Manet le deja ensimismado. Aprecia la importancia de la luz en la contemplación de la *Venus de Milo*. En diferentes visitas se recrea en Watteau y en las imágenes de pincelada larga de Fragonard, mientras que en la *Grande Galerie* se toma todo el tiempo para disfrutar con Tiziano, mientras que Tintoretto le habría de resultar duro y seco.

Respecto al *Museo del Luxemburgo*, don Manuel se muestra crítico a causa del amontonamiento de las esculturas; admira los cuadros de Sorolla y Zuloaga, Degas,

Manet y Monet. Otra vez, en este mismo marco documental, "descubrió" nuevas cosas en Rodin, llegando a decir para sí: "Rodin siempre está bien". Había expuesta una gran medalla con el retrato de Lázaro Galdeano. "¡Este Lázaro es un Médico!", exclama. Más adelante -de nuevo- volvería a admirar a Monet, sin olvidar tampoco a Zuloaga -que era muy mucho de su devoción-, como se pone bien de manifiesto en sus *Diarios* al precisar en ellos la "fuerte impresión" que le provocaba la pintura de Zuloaga: "...este pintor hace pensar en cosas que angustian".

Camilo José Cela, en *Judíos, Moros y Cristianos*⁽¹⁴⁾, rememora a los pintores toreros -Zuloaga y Solana- usando calificativos similares a los utilizados por Azaña con casi medio siglo de antelación: "sobrecogedor" y "carpetovetónico" al referirse a la obra *Capea en Turégano*, del segundo. Esas duras tierras y ciudades castellanas, con sus plazas mayores en fiestas y sus castillos, fueron retratadas de manera muy peculiar y precisa por ambos artistas: *Mujeres de Sepúlveda* -de don Ignacio- es bien destacado por el nobel español. Para D. Manuel, sabido es, en Castilla se encuentra el alma profunda de España y para don Camilo -amén de para otros insignes españoles-, también.

Visita al museo de *Madame Cohen*, en el *Instituto de Francia*: ningún interés. Así lo califica en sus *Diarios*. Don Manuel -ya se ha insistido en ello- era un crítico tan riguroso como implacable. Sin duda sabía calibrar a la perfección, y no sólo en las artes y bellas letras, como a lo largo de la lectura de sus *Diarios* se puede claramente apreciar.

Museo de *Artes Decorativas*, museo *Galliéra*, museo *Victor Hugo*, museo *Carnavalet*...

En el *Hotel de Inválidos* recorre las salas del museo *Militar*: las armaduras le hacen detenerse. En todo caso, el tema militar no le es indiferente -incluso en referencia a temas y facetas del pasado-.

No fue de su agrado la *exposición de los futuristas*, ya que llegó a calificar de "broma" al evento.

En general, no fueron de su interés las obras expuestas en el *Salón de los pintores independientes*; una excepción: Hubert Hessart. El cubismo, el futurismo ... no le impactan.

Museo Guimet: estampas exóticas; momias (a una de ellas le encuentra "un gran parecido" a Sarah Bernhardt, el humor -próximo en este caso al humor negro- de D. Manuel). *Museo Cernuschi*: arte oriental. *Galería Manzi*: pintura impresionista; un *Argenteuil* de Monet le parece una maravilla, otro tanto siente respecto al *Bar de Folies-Bergère*, de Manet. En la galería *Georges Petit* se recrea en los pastelistas franceses, y en la *Bernheim* contempla -con sumo placer- una vez más a Monet.

Este era don Manuel ante las bellas artes, ante la pintura universal, en la ciudad entonces -y quizás aún- más universal: París.

Cursos y conferencias. Las bibliotecas, lugares preferidos, y alguna reflexión sobre el Azaña denostado en el futuro

Asiste asiduamente -con regularidad, como le urge su sentido de la responsabilidad, ya que era "un pensionado"- y, en general, con gran interés a diferentes cursos y a numerosas conferencias, tanto en la *Sorbonne* como en el *Collège de France*. Ambas instituciones fueron por él muy frecuentadas, además de otras de carácter científico y cultural.

¹⁴ *Judíos, Moros y Cristianos*. Ediciones Destino, 1ª edic. Barcelona, 1956. Pp. 107-119.

En *La Sorbona* sigue los cursos de la Escuela de Estudios Superiores en los que, entre otras materias, estudió a Garcilaso y donde pudo "admirar" -en tan prestigiosa Universidad- las conferencias pronunciadas por A. Croisset. Don Manuel, que había asistido a la clausura del Congreso de las *Sociétés Savants* -en el gran anfiteatro de *La Sorbona*-, confesó al respecto que había ido a dicho acto para "ver la sala y contemplar las pinturas de Puvis de Chavannes": ¡es la ironía de Azaña!

Pudo escuchar *Crisis de la idea republicana*, una conferencia impartida en la *Société des Savants*. Tras escuchar otra conferencia, esta vez a propósito de España, entre otras reflexiones llega a anotar en sus *Diarios* cómo "los franceses no entienden a don Quijote y Sancho, ni a España. ¿Cuándo terminará el mito del idealismo de don Alonso y el sentido práctico de Sancho?".

Al pretender asistir a la inauguración de un curso de Mr. Bergson le resultó imposible acceder a la sala, la gente llenaba hasta los pasillos⁽¹⁵⁾. Un día después conseguiría escuchar a tan ilustre profesor en el *Collège de France*; la temática: "La Ética", de Spinoza. De tan docto conferenciante llega a decir Azaña que "... tiene más rigor y precisión en las ideas y en la forma de exponer que ningún otro conferenciante de esa institución".

Al respecto, quizá resulte adecuado sacar a colación cómo la ética -como virtud- habría de ser el dios y centro del propio Azaña. Su vida y su conducta bien pudieran ser todo un modelo a seguir, no siendo arriesgado asegurar que acerca de su vida y su obra todavía queda mucho por decir -y por admirar-.

Allá, en París -como se evidencia por lo expuesto-, escucha todo tipo de conferencias, sobre todo las relativas a "temas españoles", siguiendo con muy especial interés la materia impartida sobre el cordobés Ginés de Sepúlveda.

En la *Alianza Francesa* se habría de matricular en el curso de "Lengua y literatura francesa: *El realismo en la literatura francesa del siglo XIX*" y otros muchos temas. El profesorado que impartía esos estudios, salvo excepciones, llega a parecerle mediocre o -al menos- poco relevante. D. Manuel en esto, como en casi todo, ponía el listón muy alto -aunque también para sí mismo-; al respecto de su etapa de becario que aquí se relata, llega a decir en sus *Diarios* que: "muy pocas veces hizo "rabona" (sic) respecto a sus obligaciones discentes en la Universidad".

De las bibliotecas parisinas puede decirse que sus predilectas fueron "todas", mas ninguna fue más querida y visitada por su persona que la de *Santa Genoveva*. Luego, en España, siendo ya Azaña un relevante político, sus innumerables enemigos habrían de decir una y otra vez que "a lo largo de su vida, Azaña había sido una rata de biblioteca"; este es uno de los "piropos" o dardos menos envenenados de los infinitos con que se le calumnió. Además sucedía que su inclinación al estudio -a los libros y, en consecuencia a las bibliotecas- era absolutamente cierta.

El odio a Azaña se generaría y propagaría, muchos años después de esta "etapa parisina", en círculos militares, y de manera especial en instituciones eclesiales, amén de en otros cocederos no muy alejados de ambos ambientes. Él, en todo momento, fue consciente de la inquina que (jefes y oficiales mayoritariamente en los primeros, e indistintamente clero regular y secular en los segundos) esos estamentos -detentadores de un gran poder- manifestaban hacia su persona⁽¹⁶⁾. Este odio, quizá no haya tenido

¹⁵ DC, 20.

¹⁶ En el ámbito militar, un determinado porcentaje de la oficialidad -generales, jefes y oficiales- era de ideología republicana, o al menos acataba a La República (Núñez de Prado, Rojo, Hidalgo, Pérez Salas ... y quizá también, así se consideraba, Ramón Franco), contando incluso con "protomártires" (como los capitanes Fermín Galán y García Hernández), además de azañistas confesos (Sarabia ...).

precedentes, ni consecuentes -tratándose de una persona física-, en toda la reciente historia de España; y además, habría de ser por entonces "feo", "el verrugas", "el monstruo", refiriéndose también en este último *alias*, a la condición moral del tan refinado intelectual, ponderado hombre de leyes y destacado político.

Para redondear todo esto, se debe recordar que en el caso de don Manuel Azaña -quien no fue el único español "señalado" por afrancesado-, su "cultura francesa" (su propia estancia en el país de las luces, de las ideas, de la Ilustración, -en resumen- de la Libertad) habría de ser todo un determinante, un verdadero agravante, una marca, un estigma personal y una *mancha* curricular que nunca sería perdonada por sus enemigos, que en toda la geografía española llegaron a ser legión.

Francia (para una de "las dos Españas" machadianas -la España del poder económico y de todos los poderes-) era igual a la Revolución Francesa; y Revolución Francesa era, a su vez, libertad; uno de los nobles, indelebles, y universales principios recogidos y puestos de manifiesto en su triple lema (la *igualdad*, que hace referencia sobre todo a "igualdad ante la ley", también levantaba ronchas y provocaba todo tipo de temores ante las "castas" de privilegiados de nuestro país); Revolución era la diosa Razón, el enemigo a batir, el verdadero Satán, la bestia negra (don Manuel, a título personal, llegó a alcanzar ese alto grado de denostación: ¡bestia negra!).

Sus escritos en la etapa francesa

Escribe varios artículos para "La Correspondencia", de entre los cuales -siguiendo un orden cronológico- sin duda se debe mencionar *El prestigio de las piedras negras*. Más tarde, hacia finales del mes de diciembre (1911) mandó a la misma revista su escrito *El hospicio de los descontentos*. En esa publicación, su trabajo de mayor relevancia acaso puede ser *Palabras y Plumas*, comunicación a la que siguieron otros varios artículos, entre los que cabe destacar *Los oradores de La Sorbona*, acerca de la figura de don Marcelino Menéndez Pelayo⁽¹⁷⁾.

En "casa", frecuentemente, lee -e incluso se recluye en ella no pocas veces para leer en soledad-. Mantiene correspondencia con don Julián Besteiro y otros amigos de España. A veces se encierra en su intimidad bien temprano, empleando su tiempo sobre todo -se insiste en ello- en la lectura, escribiendo también tanto correspondencia como, especialmente, artículos.

Don Manuel ya era por entonces todo un bibliófilo en cuerpo y alma, muy a menudo compraba libros (tanto "de viejo" como de primera mano, estos -con frecuencia- en las

Por el contrario, en las filas de la Iglesia se odiaba a Azaña y se vilipendiaba a la República: no había excepciones, y ni siquiera del tan moderado Vidal y Barraquer puede decirse que fuese republicano. El clero español, desde todos los frentes, intentó derribar a la República desde el mismo 14 de abril, e incluso puede decirse que desde antes, ya que la Iglesia -desde todos los tiempos- ha combatido tanto la libertad como la democracia. A manera de ejemplo sobre el particular, se puede hacer memoria de las páginas de "El Debate" o los escritos elaborados por personas de ese entorno, como fue el caso -muy significativo por cierto- del "Azaña. Sus ideas religiosas, sus ideas políticas. El hombre" (Gráfica Universal, S.E.L.E., 196 pp., Madrid, 1932), verdadero panfleto de la campaña de desprestigio promovida por la Iglesia y que, en este caso particular, protagonizaba el autor del libro -Nicolás González Ruiz- quien, luego, habría de cobrar con distinciones los "servicios prestados" al ser nombrado director de la "Escuela de periodismo de la Iglesia".

¹⁷ Cuenca Toribio, J.M.: *Historia en el tiempo. "Contradicciones"*. (Diario "Córdoba" 14/3/2002, pág. 5). En este trabajo, el historiador y académico apunta la existencia de una determinada conexión en origen entre Menéndez Pelayo, la Institución Libre de Enseñanza y, en consecuencia, decimos, Azaña.

galerías del *Odeón*) ..., y los leía. Se insiste en su pasión por la lectura -leía mucho, preferentemente los días fríos-, era un lector verdaderamente empedernido. Al hilo de esta cuestión, llega a confesar acerca de sí mismo en sus *Diarios*: "compro unos libros que no me hacían falta para nada".

Todas estas circunstancias le llevan a autocalificar su vida en París como *libresca*, al menos en las etapas en que dedica muchas horas al estudio en biblioteca -especialmente, como ya se ha dicho, en la de *Santa Genoveva*⁽¹⁸⁾-.

Otras notas de Francia

En los meses de invierno -frío- ansía la primavera; en todo caso, Azaña, nostálgico, prefiere el sol de febrero en Madrid y en La Moncloa.

¡Su cama de hombre soltero!; así -en sus *Diarios*- se refiere escuetamente a ella. ¿Se siente solo -quizás- don Manuel en París?

Sus frecuentes neuralgias le hacen encerrarse "en casa", llegando incluso a dificultarle el sueño. Enfriamientos, gripe ..., la fiebre. Jaqueca. Frío. Unos días enfermo -mayo de 1912-: enfriamiento de consideración, quizá de gravedad.

Se relaciona alguna vez con Julio Camba, viajero impenitente. Conoce a Eugenio d'Ors y, también -entre otros intelectuales-, a Morente, flamante catedrático de ética en la Universidad Central.

Comentando un determinado artículo de Ortega y Gasset -leído en la prensa española- dice literalmente: "vanidad, torpeza. ¡Qué prosa!". En general, de Ortega sólo habría de admitir su republicanismo en una corta etapa; de sus escritos, ni su fondo ni su forma.

Para entonces, habiendo sobrepasado la treintena, la personalidad y criterios del doctor Azaña -doctor en derecho- estaban bien cimentados. Su formación, más que cuidada, seguía la línea ética y de pensamiento de la *Institución Libre de Enseñanza*, mientras que su extensísima cultura abarcaba todos los campos de las Letras⁽¹⁹⁾, importantes ámbitos de las Artes (en lo que se refiere a su capacidad para la interpretación crítica) y, globalmente, las Humanidades en sí. Su alma inquebrantable -de una nobleza no demasiado común- nunca se permitió ni un solo atisbo de dejación, omisión o traición a sus convicciones, ni tan siquiera cuando se tratase de la menos trascendente de sus ideas.

Puede decirse sin temor a equivocarse que D. Manuel fue todo un modelo de rectitud de carácter. Su orgullo y su "parecer" distante no empañaron nunca las numerosas virtudes de su espíritu. En otro orden de cosas, a lo largo de toda su vida se pone bien de manifiesto cómo amaba intensamente a España -a toda España por igual- y a sus gentes, pero su corazón, al igual que Machado y Unamuno, estaba penetrado del alma impenitente de Castilla.

En relación con la temática militar (en esta materia llegaría a ser todo un experto; su más profunda obra de investigación -*Estudios de política francesa. La política militar*- y el haber encabezado el Ministerio de la Guerra dan constancia de ello), durante su

¹⁸ Antes de continuar adelante, es obligado decir que para conocer el alma y la obra de Azaña habrá de resultar imprescindible el siguiente trabajo del académico correspondiente de esta Corporación en Madrid y catedrático de Derecho Constitucional José Peña González: *Manuel Azaña: el hombre, el intelectual y el político*. Madrid, 1991.

¹⁹ Cuenca Toribio, J.M., op. cit. (en cita 17). Dice el autor cómo "pese a la identidad ideológica de Azaña con la I.L.E.", existen claras diferencias, ya que "Azaña era menos disciplinado y más bohemio" que el común de los institucionalistas.

estancia en París asiste a ciertas conferencias que versan sobre materias castrenses: para él, un ejército de "carácter civil" sería ineficaz frente a otro de "carácter profesional", llegando concretamente a decir que "¡las milicias defensivas son inoperantes!" (1912).

Esto bien pudo comprobarlo él mismo veinticuatro años después -a lo largo de las etapas preliminares de la guerra civil española- cuando, salvo en la defensa de Madrid, las milicias populares improvisadas (por los sindicatos, los partidos políticos y podría decirse que también, de alguna manera, por el propio gobierno) resultaban -lógicamente- poco o nada eficaces frente a las unidades mercenarias -o "profesionales" como diría Azaña- sublevadas; sobre todo en lo referente al ejército de Marruecos, particularmente La Legión, Regulares, unidades indígenas, etc. Tan solo cuando, avanzada la guerra, se crea -o se "recrea"- un verdadero ejército republicano, el gobierno -en línea con las normas al uso en táctica militar- puede incluso iniciar acciones ofensivas de gran estilo (Guadalajara, Teruel...) con mejor o peor éxito.

No obstante, refiriéndonos de nuevo a la *heroica* -verdaderamente heroica- defensa de Madrid, el auténtico protagonista de la detención de los primeros grandes ataques del ejército expedicionario de Marruecos fue el pueblo español -concretamente los milicianos- que se mantuvo firme en las trincheras del sistema estratégico defensivo diseñado por militares leales a la República.

Excursión a Suresnes ..., y viaje a Bélgica

Desde la capital francesa (junio de 1912) realiza una inolvidable excursión a Suresnes, población a la que define como "localidad muy linda, cuyo silencio hiere". En otra "salida", concretamente a Fontainebleau, le impacta en especial la belleza del camino, mientras que en Vincennes le agradó sobremanera el paisaje boscoso.

En septiembre de 1912, también desde París, realiza un viaje a Bélgica, donde visita el *Museo de Pintura de Bruselas*. En la galería de escultura, valora positivamente *Los mineros*, de Meunier. Su fina sensibilidad respecto a las obras pictóricas le permite no albergar ninguna duda en relación con la autoría de algún cuadro del Tintoretto atribuido a El Greco. Un pequeño cuadro de González Coquer -*El dió*- le hace pensar que "eso", tocar el laúd, "es lo que se puede hacer en Bruselas en un interior bien abrigado y con una mujer bonita". No sale noche alguna, llueve y ha tomado mucha humedad y mucho frío.

Biblioteca Real. No le gusta el *Palais de Justice* de Bruselas -como casi a todo el mundo, incluido al autor de estas *notas azañistas*-: "pesantez arquitectónica", dice también este último.

En el *Museo de Pintura Moderna*, un cuadro de Zuloaga -*La víspera de la corrida*- le estremece. La pintura "españolista" de este vasco de cuarenta años afincado en París -ya se dijo- le emociona.

Una noche, en *Vaudeville*, asiste a una obra "estúpida": "los actores no son buenos, y el público tan mediocre como los demás. He reído mucho" llegó a decir.

Es duro en sus observaciones don Manuel. Era consciente de su elevado grado de inteligencia así como de su proverbial racionalidad; a lo largo de su vida, en casi todos sus juicios se mostró ecuánime y acertado: ¡solía tener razón!

El *Tríptico*, de Memling, que había pertenecido a los benedictinos de Nájera, las pinturas religiosas de Van Dyck, así como *La comunión de San Francisco* de Rembrandt, causaron su admiración. La pintura moderna, que también contempló junto a lo anterior, no le atrajo.

En Amberes: *La flagelación*, de Rubens. ¡Portentoso!

Lieja, Gante. En la primera ciudad no le gustó el museo: un cuadro de Mezquita. En la cuna de Carlos I y V, Jordaens. "Excelente pintura moderna". Un Zuloaga -toda una felicidad para él- *Campesinos españoles en el mercado*. Le gusta Gante tanto o más que Lieja. Le parece que Bélgica está excesivamente industrializada. Brujas le encantó: el *Museo Comunal*, Juan Van Eyck, Hugo van der Goes -*Muerte de La Virgen*-, Gerard David -*Juicio de Cambises*-. Obras sublimes; este museo infundió en su ánimo un estado calificado por sí mismo como "muy apacible".

Una nota final

Don Manuel, al final de esta su etapa de estudio "in situ" de la cultura francesa, era ya todo un carácter al que no le faltaban los mejores valores éticos puestos de manifiesto en sus obras y sus actos -ecuánimes, rectos- en los que habría de figurar siempre el hábito de la equidad.

No obstante la calidad de estos créditos, o quizá por ello, como se ha dicho a lo largo de estos escritos, Azaña fue vilipendiado de manera cruel y fuera de todo precedente: a la localidad -villa- llamada Azaña (jurisdicción de Illescas, en Toledo) se le cambió el nombre -huelga decir por quién- por el de Numancia de la Sagra, que es al día de hoy su denominación actual, haciendo honor -sin duda- al regimiento "Numancia" que "tomó" el pueblo, hasta entonces en territorio republicano -del gobierno- durante la guerra civil. Con el fin de borrar de la faz de la tierra algo tan insustancial como la palabra *Azaña*, se intentó de alguna manera emular a Publio Cornelio Emiliano -"el *Segundo Africano*"-, quien incendió y arrasó Cartago (con el añadido, real o no, de la "siembra de sal").

Si don Manuel, en vez de llevar como apellido la voz *Azaña*, se hubiese apellidado -por ejemplo- *Villanueva*, o bien *Castro*, sus enemigos hubieran tenido que cambiar, en el primer caso, el nombre a más de ciento cincuenta poblaciones de España, y en el segundo, a unas doscientos sesenta y cinco, si se contabilizan las de mayor y menor entidad.

El calumniado Azaña -hasta extremos realmente inverosímiles-, a quien se le "colgaron los derechos de autor" de la execrable frase "tiros a la barriga", con motivo de los sucesos de Casas Viejas, sufrió desde el principio de la sublevación facciosa el dolor -el gran dolor: no tenía hijos, y su sobrino Gregorio -Gregorio Azaña-, fiscal de los Tribunales de la ciudad de Córdoba fue alevosamente asesinado (fusilado -y parece que también vejado; otros, al menos en esa etapa y en circunstancias similares sí lo fueron-) por el mero hecho de ser un miembro de su propia familia.

En las etapas finales de la contienda, atormentado por la tragedia fratricida, en los momentos en que su espíritu podía quizá notar un cierto decaimiento -cuando la tentación del abandono es posible que rondara su alma-, España y su alto sentido del deber le mantenían en su puesto, y más que España, los españoles: el pueblo español.

Era muy sensible, y respondía con toda dignidad y gran sentir ante el hecho fehaciente de que gentes -muchas ellas de muy humilde condición, braceros, campesinos sin tierra ...- morían en las trincheras, o bien ante las tapias de los cementerios gritando: ¡Viva la República!, e incluso lanzando la voz de ¡Viva don Manuel Azaña!.

Ya en el exilio, el Presidente estuvo en su puesto hasta el mismo momento que debía y podía mantenerse en él. La muerte, que había ido a buscarle, estaba allí -ya- a su lado, en aquellos aciagos días del tan amargo éxodo.

El pensamiento político de Azaña está siendo tomado y utilizado -se está redescu-

briendo- por unos y otros, especialmente políticos. Mas sería toda una ofensa a su memoria decir que su ideario está siendo "rehabilitado". Hoy por hoy nadie -tanto personas como Instituciones- tiene el necesario rango moral, político e intelectual para "rehabilitar" la obra de don Manuel Azaña, la cual contiene en sí suficientes valores para que la firmeza que estos imprimen en ella impida que, en esencia, se vea afectada por vaivenes políticos, novedades, y ni tan siquiera por el discurrir del tiempo.

No obstante esta especie de revivificación actual de carácter "ideológico" del llamado *azañismo*⁽²⁰⁾, bien es verdad que don Manuel Azaña Díaz ni como persona -tampoco en su condición de jefe de Estado- ha sido rehabilitado (ni por el Gobierno de la nación, ni tan siquiera por alguna instancia oficial), siendo ésta una lamentable situación en la que también se encuentra su antecesor en la Presidencia de la República, el priegueño don Niceto Alcalá Zamora. Para ellos, pese a haber detentado la más alta Magistratura del Estado -como es la jefatura del mismo- no hay "monasterios", no hay *Escoriales*, y ni tan siquiera pesadas losas de granito, basílicas, ni "Cuelgamuros".

Los restos de don Niceto, que desde su muerte se encontraban en el cementerio de *Chacarita*, en Buenos Aires, fueron trasladados a España en 1979 por iniciativa familiar y sin que les fueran rendidos los correspondientes honores de carácter oficial. Don Manuel, cuyo féretro -envuelto en la bandera mejicana- estuvo colocado en un simple nicho, descansa en Montauban, figurando en su tumba esta escueta inscripción: "Manuel Azaña, 1880-1940".

Finalmente, debe insistirse en que aun siendo D. Manuel el español más denostado de los últimos tiempos⁽²¹⁾, nunca, al menos en toda la moderna Historia de España, un jefe de Estado -o de Gobierno- brilló tan alto en el plano moral, intelectual y cultural y -ni mucho menos- en el más que complejo, difícil y delicado ámbito del pensamiento y de la acción política. ¡Así era don Manuel Azaña y Díaz!

²⁰ Cuenca Toribio, J.M., op. cit. (en citas 17 y 19). Denuncia el autor cómo "A obras tan coherentes... como... la de Azaña... no es legítimo trocearlas amputando... aquella porción más útil para los combates del presente".

²¹ Tan es así (que don Manuel Azaña es -y al parecer sigue siendo- el político español más aborrecido y calumniado de todos los tiempos) que más de medio siglo después de su muerte, en la página 7 del diario "Córdoba" de fecha 28/11/2001 -en la sección de *Cartas al Director*- refiriéndose a Azaña, se dice: "carácter agrio e insolente", "escritor mediocre", así como "político provocador inoportuno y funesto para España". ¡Ahí es nada!, y lo firma José Alcalá Zamora (Catedrático de Historia Moderna). La carta estaba motivada por otra anterior del también profesor José Luis Casas Sánchez, de quien también -y en el mismo diario- se publicó otra carta posterior (10/1/2002) donde se hacía referencia a que "don Niceto había sido nombrado Presidente de la República gracias a Azaña".